

áncora

Rosita Kalina y el don prometeico de la poesía

YADIRA CALVO

En su ensayo *Las mujeres y la narrativa*, publicado en 1929, precisó Virginia Woolf los problemas a que se enfrenta la escritora por su condición de mujer: "adopta el punto de vista que la autoridad le impone", y con él una visión ajena a la suya; o bien procura alterar los valores establecidos, afirmando sus propios valores. En cualquiera de los dos casos hay consecuencias negativas para su obra, que, si se somete a las exigencias, incurre en insinceridad; y si se rebela ante ellas, se verá descalificada por los críticos, incapaces de percibir un punto de vista diferente al suyo.

De aquí se infiere el indiscutible poder de que el crítico dispone para dictaminar sobre las obras absolución o sentencia; y se infiere también la parcialidad del juicio basado en patrones de buen hacer, según una convencional concepción de lo humano.

Virginia Woolf pensaba que ya las mujeres se estaban liberando de esta tiranía, pero se ha pasado más de medio siglo desde que lo manifestó, y las cosas no han variado sustancialmente; al menos, no en Costa Rica, donde, según advierte Dorelia Barahona en su artículo "Las poetisas" (*Mujer*, núm. 3), las políticas de publicación privilegian la obra de mujeres que reproducen el orden viril establecido, y exilian del reconocimiento público a las que lo cuestionan.

A esto se suma otro problema cuya aprehensión es más difícil, porque se trata de una pastilla recubierta de azúcar. Es el caso de los críticos que elogian en la obra de mujeres, no los valores de creatividad que la singularizan, sino la medida en que consiguen representar un micromundo femenino, aun cuando en ellas este aspecto sea puramente circunstancial.

Sin ser Rosita Kalina una de esas escritoras que cantan loas masoquistas a la servidumbre de la hembra, es interesante observar cómo algunos de sus críticos intentan destacar en ella la presencia de la feminidad, como si ésta fuera un valor en la obra escrita por mujeres. Con ella consiguen trasladarla del espacio total de la poesía al más estrecho círculo de la "poesía femenina", con lo cual se la coloca en un lugar de la literatura donde no constituye peligro de competencia sino para otras mujeres. Se analiza su obra menos en cuanto al fenómeno poético y más en referencia al fenómeno de la mujer escritora, hasta el punto de manifestar el mismo estupor de quien se encontrara con un caballo capaz de hacer cálculos matemáticos.

El enfrentamiento a cualquier obra poética exige ciertas reflexiones sobre el fenómeno mismo de la poesía, infinitamente más importantes que el sexo de su autor o los asuntos que aborde. Para hacer un juicio justo, es útil recordar ante todo que se trata de un género en el cual interesa la emoción antes que el razonamiento; y al que se le exige el mayor grado de precisión o economía o propiedad, términos estos que se definen como sinónimos en cuanto se aplican al fenómeno literario. Con ellos se quiere significar la necesidad a que se obliga la palabra poética para liberar a los objetos de la automatización que nos los hace pasar inadvertidos. De ahí el recurso de un lenguaje figurado que nos presente emociones, objetos, sentimientos, con más vida y mayor intensidad que lo permitido por el desgastado lenguaje cotidiano. De ahí la razón primordial de la poesía, sino la única y esencial.

Llegados a este punto, nos enfrentamos al texto de *Los signos y el tiempo* (recientemente publicado por la Editorial Costa Rica), con la seguridad de estar ante un obra, en la que se conjugan la capacidad innata de su creadora, y su conciencia del oficio, asentada ésta en su familiaridad académica con la teoría de la literatura. Por ello, en *Cruce de niebla*, su primera obra publicada, Kalina expone una poética a la que intenta ajustarse en todos sus libros, en plena



Retablo del hermano Pedro, detalle. Francisco Amighetti, 1953.

Rosita Kalina y el don prometeico de la poesía

Viene de Pág. 1

coincidencia con lo que los teorizadores nos dicen acerca de la naturaleza de la poesía:

“Misterio indefinible es la palabra.
Fuerte, como la idea precursors.
Frágil, si se la usa con adornos.
Ilumina -Prometeo de los tiempos-
al hombre encadenado
o mata, cual un Macbeth
inflado por el absurdo de sus brujas.
Por ella el hombre se salva o se condena”.
“Quiero aprender el justo término,
la medida exacta,
el adjetivo que embellece y nutre,
no el que mata”. (Poética)

Jaspers nos había hablado ya de la virtud iluminadora de la poesía, virtud que simboliza Kalina en la figura de Prometeo, mítico ladrón del fuego de los dioses. “Ven, Prometeo, con luz que más que luz es verbo”, nos dice en otra parte de su Poética confirmando así, o su coincidencia con Jaspers, o su trato común con la ciencia de la literatura. Frágil, dice Kalina, es la palabra si se la usa con adornos; y Pfeiffer nos advierte de qué modo la poesía falsa se traiciona a sí misma porque su forma verbal es sólo cobertura; o, por decirlo con él de manera más precisa, su forma es cáscara y no semilla; apreciaciones que resume con más economía del lenguaje el poeta Brenes Mesén, cuando define a la poesía como “nuez de luz de las cosas que no parecen”.

Como se ve, Rosita Kalina asume su tarea de escritora con una tremenda responsabilidad y con la humildad necesaria al que acomete una empresa, cuyas dificultades no ignora. Por ello, cuando dice que quiere aprender “el justo término”, se confirma a sí misma en su posición de iniciada que ha tenido un largo trato con el arte de la poesía y conoce a profundidad la lucha que emprende el poeta contra la palabra, por conseguir ese

“justo término”, tan fácil de decir y tan arduo de encontrar.

Un ligero vistazo a los tres libros publicados de Kalina pone de manifiesto su actitud de profundo respeto por la palabra; su empeño en el cumplimiento de un ideal literario; su constante interrogarse sobre el lenguaje; y su convicción de que no se puede “alcanzar una realidad distinta” con “metáforas comunes”.

Kalina sabe, desde **Cruce de niebla**, que “nada es nuevo, y todo es nuevo en un poema”. Por eso sus temas se hunden en el pasado sin fechas del Viejo Testamento; desnudan los ritos domésticos ante los cuáles “deslumbrado o aburrido”, “Dios abre sus ojos y los cierra”; se asoman a los campos de concentración cuyos relatos aterrorizan sus oídos de niña; examina y rechaza los preceptos porque “es más válido ayudar (...) al hermano en desgracia”; interroga a un Dios indiferente que no responde y nos mira “siempre desde arriba” con “ojos ciegos al relámpago de tantos siglos manchados por los asesinos de su historia...”. Nada es nuevo, y todo es nuevo. Los motivos los proveen la Biblia, el judaísmo, la historia, la rutina familiar... La plasmación es el aporte personal, de esta particular autora, a la literatura costarricense.

En **Los signos y el tiempo**, y casi en el inicio del volumen, Rosita Kalina nos vuelve a enfrentar con su preocupación por el oficio del poeta:

“Rescatar la palabra
en el altar de los videntes.
Recordar las olvidadas voces
de la serpiente enroscada,
la pristina agonía del que crea.
Amor es música perenne,
inclita batalla,
torrente y quehacer de poesía.”
“En la primera letra vive el Verbo,
hombre y mujer, punto último y primero.
Habito en El, Santificada.
Conocerlo a fondo es la consigna.
Penetrarlo. Dejar que me penetre.
Que profundice mi ser y se madure,
como ánfora repleta de gaviotas”.
“Encontrar la palabra:
misterio que revela
la génesis del alma:
El Alef (“Rescatar la palabra”)

Pleno, desde luego, de multiplicidad de significaciones, puesto que en manos de un poeta la palabra se sobrecarga de sentidos, este texto nos coloca otra vez en el corazón del problema que la autora se sigue planteando en relación con el oficio de escribir. Palabra, logos, Verbo, con toda la carga semántica que la historia ha acumulado: mágico poder capaz de acutar sobre la naturaleza; principio del universo y del

humano conocimiento, la palabra es también materia y forma de la poesía: “Anfora repleta de gaviotas”. La personalidad creadora, cuya consigna es conocerla a fondo, vive el proceso de creación como un estado místico. Al menos, esto es lo que se adivina en esa doble posibilidad expresiva con que el término “Verbo” es utilizado por la autora, destilando, a la vez, un ancestral sentido bíblico y una significación estética.

Los signos y el tiempo se cierra con una sección de poemas en prosa, en los que nuevamente la autora se vuelve hacia su quehacer literario en busca de soluciones al problema de la lucha con el lenguaje, entendida ya desde el primer volumen como hazaña prometeica. El poeta ha de robar la luz, que es verbo, y este es un acto de muy difícil realización:

“Escribí metáforas comunes para alcanzar una realidad distinta. Escribí, por ejemplo: ‘La luna se baña en las azules ondas del espejo marino’. La metáfora estalló en mil pedazos” (“En honor de Robert Graves”)

Años atrás, **Cruce de niebla** nos expresa que Kalina se juzga a sí misma, no al modo en que lo hacía Juana de Ibarbourou, “como se elige un órgano para los cantos sacros”, sino como un ser que, habiendo hallado, en plena madurez vital, su propia facultad poética, cruza la niebla al pasar de las palabras manidas del lenguaje comunicador, al encuentro con el universo luminoso del poema:

“Yo velaba en tinieblas
sin percatarme de ello.
Mi ventana era ojos abiertos
mas no lograba ver las puertas” (“Al trasluz”)
Pero viene después el descubrimiento de un suceso nuevo que se desata cuando empieza a escribir:
“... quise retener el momento
y reapareció el paisaje
con claridad de luz” (“Realidad”)

Un paso más en sus reflexiones, y la autora adivina otros lenguajes más puros que el lenguaje del poema: como el de Ileana, la alfarera, a quien dedica uno de los textos en prosa de su tercer libro:

“Sus dedos redondean los contornos con pasión, acelerados por la forma. Una figura estilizada surge, grácil. Milagro del lenguaje sin palabras que rezuma aliento de la tierra. Más valioso, por puro, que todas las palabras del poeta” (“A Ileana”).

Los tres poemarios de la autora reflejan esa búsqueda de perfección expresiva que se resuelve, sin duda, en la “forma austera de una poesía sólida y lacerante como el metal afilado”, a que se refiere Arnoldo Mora en el texto con que prologa **Los signos y el tiempo**. Y esa perfección expresiva aparece visualizada por Rosita Kalina en la imagen de Prometeo, proveedor de la luz, que es verbo; o más bien del verbo, que es luz, como ha de ser la palabra cuando se compromete a fondo con la poesía.